



CAPITULO DÉCIMO-TERCERO

Los aliados en Francia.— Abdicación de Napoleón.

Los aliados, persiguiendo los restos del ejército napoleónico, habían llegado á la orilla derecha del Rhin. Allí se detuvieron. Los prusianos, llenos de rencorosa saña y febril ambición, anhelaban cruzar sin demora el histórico río; pero Austria se opuso, porque habiendo renunciado á recobrar sus antiguas provincias de Bélgica y satisfecha del resultado obtenido, no quería exponerse á nuevos riesgos. Metternich logró que el emperador Alejandro aceptase el criterio de Austria; parece también que lord Aberdeen, representante de Inglaterra, declaró que no se trataba de abatir ó humillar á Francia ni de arrebatarle sus fronteras, y Prusia tuvo que ceder. En virtud de esta disposición de las potencias, Metternich hizo pasar una nota desde Francfort al gobierno de París, expresando la aspiración de Europa á restablecer la paz general tanto en tierra firme como en el vasto espacio de los mares. La base de la reconciliación debía consistir en reconocer el principio de la independencia de todas las naciones, reintegradas en la posesión de sus límites naturales ó históricos, ó reducidas á ellos. A Francia se le respetaban las fronteras del Rhin, los Alpes y los Pirineos. Metternich respondía de estar la paz asegurada si Napoleón confería plenos poderes á su antiguo embajador Caulaincourt, cuya rectitud y espíritu de justicia le eran conocidos. Francia no tenía motivos para quejarse; le dejaban cuanto siempre había ambicionado poseer, no atentándose á las conquistas realizadas por la República.

La nota de Metternich llegó á París el catorce de Noviembre. Napoleón la contestó el

diez y seis en términos evasivos: designaba á Manheim como sitio á propósito donde celebrar un congreso, pero callaba su opinión acerca de las proposiciones que se le hacían. Metternich replicó el día veinticinco, exigiendo respuesta categórica en lo tocante á las condiciones de paz. Entonces Caulaincourt, que había reemplazado al duque de Bassano en el Ministerio de Negocios Extranjeros, obtuvo autorización del Emperador para manifestar que se admitían las bases formuladas en la primera nota, mas no sin establecer algunas restricciones, que desvirtuaban la aparente conformidad de Napoleón. Se había, por otra parte, retardado el contestar hasta el dos de Diciembre, y ya era tarde, aun para la aceptación pura y simple. Los diez y ocho días que se dejaron transcurrir sin aprovecharse de la prudente actitud de Austria y Rusia, constituían una pérdida irreparable. En efecto, no bien conocidas las proposiciones de Francfort, los prusianos las combatieron rudamente, esforzándose en atraer á su partido al czar Alejandro, cuyo amor propio no perdonaban medio de lisonjear. En la cruzada que emprendieron contra Francia, se distinguió Goerres, escritor fogoso, de gran talento y erudición, antiguo amigo de los franceses y ahora su más irreconciliable adversario. También la Gran Bretaña se arrepintió de haber condescendido á que se dejara á Francia el territorio de Bélgica, en vista de lo ocurrido en Holanda, donde, al aproximarse un cuerpo de ejército prusiano, había estallado en Amsterdam y las principales ciudades una contrarrevolución en favor de la antigua casa de Orange, y se propuso quedarse con Amberes, dando en el acto instrucciones formales á lord Aberdeen, enderezadas á retrotraer á Francia á sus límites anteriores á la Revolución. Un manifiesto, publicado en Francfort el primero de Diciembre, había venido á reflejar la situación creada por la intransigencia de los prusianos y las nuevas pretensiones de los ingleses. En él declaraban las potencias implícitamente que Napoleón rehusaba las condiciones de paz que le ofrecieran, si bien todavía protestaban de no querer atentar á la grandeza de Francia. Acerca de este punto, Alejandro se había expresado muchas veces sin reticencias ni ambigüedades; sin embargo, cedió á la presión de Prusia é Inglaterra, y se dejó seducir por el orgullo de entrar en París y de abatir al vencedor de Austerlitz y Friedland é invasor de Rusia. El corso Pozo de Borgo, hombre muy activo é inteligente, que profesaba á los Bonaparte uno de esos odios de familia tan comunes en la célebre isla donde naciera, había conseguido ganarse las simpatías del emperador Alejandro, y era, al lado del Czar, el mal genio de Napoleón. Austria siguió la corriente general: el interés de María Luisa y del hijo de ésta apenas entraba para nada en las inclinaciones pacíficas de Francisco II, y no le impidieron dar su consentimiento á la resolución de no otorgar á su yerno proposiciones aceptables, ó, lo que es lo mismo, de derribarlo del trono. Tocó, pues, la vez á Metternich de contestar evasivamente á Caulaincourt. Desde este instante, las negociaciones perdieron toda su seriedad.

Alentaba Napoleón la esperanza de que los aliados le dejaran tranquilo hasta la pri-

CAPITULO ALFONSO

mavera próxima, y se aprestaba á rehacer sus fuerzas. El Senado le había autorizado en silencio á pedir trescientos mil hombres de las quintas anteriores, hasta la de mil ochocientos tres y él, por un simple decreto, recargó las contribuciones con céntimos adicionales, en concepto de impuesto de guerra; pero, á más de hombres y dinero, se necesitaban tiempo y armas. Ahora bien, tiempo no pensaban concedérselo sus enemigos, y armas, no las había. Mientras los arsenales de Alemania é Italia estaban repletos de ellas, los de Francia hallábanse casi vacíos. Toda la actividad de Napoleón fué insuficiente para reparar las consecuencias de semejante imprevisión.

Para aumentar su ejército, siéndole imposible traer á los soldados que quedaran en Alemania, pensó llamar á los ochenta mil de Soult y Suchet, negociando, á fin de tenerlos disponibles, un tratado de paz con Fernando VII, que continuaba prisionero en Valency. El monarca español firmó el pacto; pero el Emperador aguardó, para poner en libertad á su cautivo, á que las Cortes de Cádiz ratificaran lo convenido, y como la ratificación no llegó, Napoleón no pudo contar con el refuerzo que se prometía. Después de mucho vacilar, decidióse á reunir el Cuerpo Legislativo el diez y nueve de Diciembre, pronunciando en el acto de la apertura un discurso elocuente, alardeando de su ferviente amor á la paz. Nadie le creyó. La Cámara compartía las angustias, los temores, los resentimientos del país, y eligió para miembros de la comisión encargada de recibir las comunicaciones del gobierno á los individuos más independientes que había en su seno. Lainé, reputado por su valor é inteligencia, redactó el proyecto de mensaje que había de elevarse al Emperador. En él se proponía á la Asamblea suplicar al jefe del Estado que contestase al manifiesto de las potencias aliadas con un contramanifiesto, en el cual «prometiera ante Francia y ante Europa no proseguir la guerra sino por la independencia del pueblo francés y por la integridad de su territorio». «Según disponen las leyes, se agregaba en el citado documento, al gobierno corresponde señalar los medios que conduzcan, á su juicio, á rechazar lo más rápida y seguramente al enemigo y á sentar la paz sobre bases sólidas. Estos medios serán eficaces, si los franceses se convencen de que el gobierno tiende más á la paz que á la gloria; lo serán cuando se persuadan de que no derramarán su sangre más que para defender la patria y las leyes protectoras. Pero las consoladoras palabras de paz y patria resonarían en vano, si no se garantizaran las instituciones que prometen los beneficios de una y otra. Esta comisión considera por lo menos indispensable en los momentos en que el gobierno propone los medios más adecuados para la seguridad del Estado, suplicar á V. M. que cuide del completo y duradero cumplimiento de las leyes que garantizan á los franceses los derechos de la libertad, de la seguridad y de la propiedad, y á la nación el libre ejercicio de sus derechos políticos. Esta garantía es, á los ojos de la comisión, el medio más eficaz de devolver á los franceses la energía que necesitan para sostener su independencia». La Cámara, que funcionaba como comité secreto, aprobó el

dictamen de la comisión por doscientos tres votos contra cincuenta y uno, acordando que se imprimiera. Era la primera vez, desde hacía muchos años, que la voz de la verdad y de la libertad iba á tener por intérpretes labios oficiales. Napoleón se negó á escucharla; encendióse en ira al enterarse del acuerdo de la Asamblea; suspendió por tiempo indefinido la legislatura, y ordenó al duque de Rovigo que impidiese la impresión del dictamen y destruyera los ejemplares ya impresos. No contento con esto, en la recepción palaciega de primero de Enero, increpó brutalmente á los individuos del Cuerpo legislativo, dirigiéndoles una arenga cuyos principales párrafos, según Oncken, fueron los siguientes: «Delegados del Cuerpo legislativo, podiais hacer mucho bueno y habéis hecho mucho malo. La undécima ó duodécima parte de vosotros sois hombres buenos; los demás sois conspiradores. Os he convocado para que me apoyarais, y habéis venido á decir y hacer todo lo necesario para favorecer al extranjero: en vez de la unión, me traéis la discordia. Vuestra comisión ha sido arrastrada por hombres adictos á Inglaterra: el señor Lainé, vuestro ponente, es un mal hombre: su dictamen está escrito con una astucia y con miras que no adivináis. Dos batallas que hubiese perdido en la Champaña no me habrían hecho más daño.—¿Qué queréis? ¿Apoderaros del gobierno? ¿Y qué haréis de él? ¿Qué necesita ahora Francia? Pues necesita no oradores ni Asamblea, sino un general. ¿Hay alguno entre vosotros? Además, ¿dónde están vuestros plenos poderes? Francia me conoce, dos veces me ha elegido jefe por millones de votos, al paso que vosotros habéis sido delegados por algunos centenares de sufragios emitidos en cualquier rincón obscuro de los departamentos, para aceptar leyes hechas por mí, no por vosotros. El trono, considerado en sí mismo, no es más que un armazón de tablas forradas de terciopelo. El trono es un hombre, y ese hombre soy yo, con mi valor, mi carácter y mi gloria. Yo puedo salvar la Francia; vosotros, no. Francia necesita más de mí que yo de ella. Puedo estar orgulloso, porque he hecho grandes cosas; puedo estarlo, á pesar de mis desgracias, porque sé soportarlas con valor. Este orgullo que en el alma llevo me ha puesto en el primer trono del mundo. Queréis cubrirme de inmundicia; pero sabed que soy de esos hombres á quienes se mata, mas no se deshonorra. Reflexionad y ved en qué momento me creáis dificultades. ¿No se dirá que estáis en connivencia con el enemigo? Si hubiera de atender á lo que proponéis, me vería obligado á ceder á los aliados más de lo que piden. ¿La paz? También la quiero; pero la quiero compatible con el honor nacional. Dentro de tres meses, ó los enemigos habrán salido de Francia, ó habré dejado de existir.» La explosión de su orgullo en Dresde, cuando la entrevista con Metternich, había divorciado á Napoleón de Europa; esta nueva erupción de su soberbia y ciego despotismo debía divorciarle de Francia. Al regresar á París, después de su última campaña, había preguntado á Pasquier, prefecto de policía: «¿Qué dicen los parisienses? ¿Conservan todavía el entusiasmo que mis triunfos les produjeron?—No, señor, contestó aquél, se ha desvanecido.—Pero, al menos, ¿me quieren todavía?—Señor,

debo decirlo, ya no quieren á V. M.—¿Soy temido?—Si, señor». Érale preciso ahora convencerse de que, si poco antes no le querían, ya también le iban perdiendo el temor. El dictamen del Cuerpo legislativo lo probaba, y á mayor abundamiento, hasta el Senado abandonó en su mensaje su tono adulator y rastrero, atreviéndose á decirle: «Indudablemente, ha creído V. M. que el poder se robustece limitándose á sí mismo y que el arte de hacer felices á los pueblos es la primera política de los reyes.—Señor, aceptad la paz haciendo un último esfuerzo digno de V. M. y de los franceses. ¡Ojalá que la mano de V. M., tantas veces vencedora, deponga las armas después de haber firmado la tranquilidad del mundo! Tales son, señor, los deseos del Senado, tales son los deseos de Francia, tal es la necesidad del mundo entero.»

¡La paz! He aquí, en efecto, el común anhelo, la aspiración unánime de los franceses. Las consecuencias del bloqueo continental, la falta de brazos que labraran las tierras, la paralización de los trabajos públicos, la ruina de las empresas particulares, el descuento del veinticinco por ciento sobre todos los sueldos y pensiones de carácter civil, el recargo de las contribuciones, empobrecían á los ricos y lanzaban en la miseria á los humildes. La renta había descendido de ochenta y siete francos á cincuenta francos cincuenta céntimos, y las acciones del Banco, de mil cuatrocientos treinta á setecientos quince; los billetes sufrían el descuento del doce por ciento en plata y del cincuenta por ciento en oro, el numerario escaseaba al punto de haberse tenido que suspender la ley que tasaba el interés del dinero en cinco y seis por ciento al año. De los campos en barbecho ó cultivados por las débiles manos de las mujeres y los niños, de las fábricas cerradas, de los puertos donde los armadores hacinaban sus buques, de los almacenes y tiendas cuyos dueños necesitaban, por falta de venta, empeñar sus alhajas y géneros para comer, de los hogares en que se lloraba la pérdida de seres queridos y se temía por la vida de otros, de todas partes, en fin, subía entre lágrimas y sollozos un gran clamor, una oración inmensa á las gradas del trono imperial, pidiendo la paz. Mas ya, aunque Napoleón la hubiese querido, no se la hubieran otorgado, siendo el caso que tampoco la quería.

Los aliados estaban en Francia. El veintiuno de Diciembre, Schwartzemberg, sin respetar la neutralidad de la República Helvética, que Napoleón había violado frecuentemente, atravesó el puente de Basilea y penetró en territorio francés, declarando en una proclama que las potencias coaligadas no hacían la guerra á Francia y sólo penaban por la paz. Sin embargo, amenazaba incendiar las poblaciones que se defendiesen y pasar por las armas á los combatientes que no pertenecieran al ejército regular. Blücher, sabedor del avance del general austriaco, cruzó el Rhin por tres puntos, situados respectivamente cerca de Manheim, de Maguncia y de Coblenza. Su marcha y la de Schwartzemberg fué al principio un simple paseo militar. Marmont, Macdonald, Víctor, el príncipe de la Moskowa, que disponían únicamente de cuarenta y seis mil hombres para hacer frente á dos-

cientos cincuenta mil, fueron replegándose ante sus contrarios, librando constantes escaramuzas, mas rehuendo todo encuentro formal. Las ciudades abiertas se rindieron á la primera intimación, fuera de contadas excepciones, y los aliados no se detuvieron á tomar las plazas fuertes, sino que las salvaron dando rodeos y, dejando destacamentos que las observasen, se adelantaron al corazón de Francia. En la extremidad izquierda, Rubna se apoderó de Ginebra y se dirigió hacia Lyon, por el Jura y el valle del Saona; en el centro, las distintas columnas de Schwartzemberg entraron en Dijon, Langres y Bar-sur-Aube, que Marmont tuvo que evacuar después de sostener un combate muy vivo el veinticuatro de Enero; en la derecha, los cuerpos de Blücher, siguiendo los caminos de la Lorena, se acercaron á Vassy, Saint-Dizier y Brienne. De esta suerte, el veintiséis de Enero, las tropas aliadas estaban todas entre el Marne y las fuentes del Sena.

Napoleón, intentando evitar que acabaran de concentrarse, partió para Chalons; alcanzó á Blücher en Brienne el día treinta y uno, y le infligió sangrienta derrota. Mas Brienne dista poco de Bar-sur-Aube, y el feldmariscal pudo ampararse del ejército de Schwartzemberg. El plan de Napoleón había fracasado, y sus enemigos lograban reunir el primero de Febrero, cerca de Brienne, en torno de La Rothiere, donde él estaba, cien mil hombres. Napoleón no tenía más que treinta y dos mil. Asaltadas las posiciones francesas por los aliados, los jóvenes reclutas que las defendían, animados por el ejemplo de los veteranos, pelearon con indecible bravura. El combate duró ocho horas, no retirándose Napoleón sino por la noche en orden perfecto. La artillería francesa había causado grandes estragos en las filas de sus adversarios. Estos, empero, se entusiasmaron con la costosa victoria que difícilmente habían obtenido, no obstante su abrumadora superioridad numérica, entregándose á transportes de alegría, y Blücher, que fué el héroe de la jornada, por parte de ellos, se jactó de haber vencido otra vez á Napoleón y ahora en pleno territorio francés.

El dos de Febrero, celebraron los coaligados consejo de guerra en el castillo de Brienne, resolviendo marchar sin detenerse sobre París; pero á fin de dejar á Blücher la satisfacción de operar solo y con el objeto, al par, de facilitar el abastecimiento de sus tropas, decidieron dividir éstas en dos columnas. El ejército de Silesia, después de completarse con los cuerpos de York y de Kœpzwitz, procedentes de la frontera, debía bajar á lo largo del Marne, mientras el ejército de Bohemia se encaminaría á Troyes, para avanzar después sobre París por las orillas del Sena. Ante la creciente gravedad de las circunstancias, Napoleón adoptó medidas, que ya venían tarde. Envió al Papa á Roma y á Fernando VII á España; mandó llamar á Suchet, previniéndole dirigirse á Lyon, desde Cataluña, donde se hallaba, y noticioso de la traición de Murat, ordenó al príncipe Eugenio que condujese su mermado ejército á Francia. Era, no obstante, dudoso que Suchet y Eugenio pudiesen llegar á tiempo.